

# Joseph Conrad

## Juventud

Esto no habría podido suceder fuera de Inglaterra. Allí, los hombres y el mar se interpenetran: el mar forma parte de la vida de la mayoría de los hombres y éstos conocen algo, o todo lo relativo a él, sea por entretenimiento o por haber viajado o como medio de vida.

Estábamos sentados alrededor de una mesa de caoba que reflejaba la botella, los vasos de vino y nuestros rostros cuando nos apoyábamos sobre los codos. Había un director de compañías, un contador, un abogado, Marlow y yo. El director había sido grumete en el Conway; el contador había servido durante cuatro años en el mar; el abogado —un buen conservador, venerable, anglicano de los más formales, viejo simpático, el honor en persona— había trabajado como oficial principal en el servicio de correos durante aquellos buenos tiempos cuando los barcos del correo llevaban aparejos de cruzamen por lo menos en dos mástiles, bajaban el Mar de China por delante de un buen monzón con las alas desplegadas. Todos habíamos iniciado nuestras vidas en la marina mercante. Existía entre los cinco esa unión profunda que confiere el mar, y también la camaradería del oficio, que no puede generarse en ninguna medida de entusiasmo por la navegación deportiva, los cruceros y cosas semejantes, ya que éstos no son más que la diversión de la vida mientras que aquél es la vida misma.

Marlow (al menos creo que era así como escribía su nombre) narró la historia o, antes, la crónica, de una travesía:

Sí, he visto algo de los mares orientales; lo que mejor recuerdo, sin embargo, es mi primer viaje hacia allí. Ustedes, amigos míos, saben que existe una clase de viajes que parecen hechos a medida como ejemplos de lo que es la vida, que podrían ser símbolo de la existencia. Uno lucha, trabaja, suda, por poco se mata, muere a veces en el intento de realizar algo y no puede. No por culpa propia. Simplemente no puede hacer nada, grande o pequeño, ni lo más mínimo, ni siquiera casarse con una solterona o lograr que 600 miserables toneladas de carbón lleguen a su puerto de destino.

Fue una aventura memorable en todo sentido. Era mi primer viaje al este, y el primero como segundo oficial. También era la primera vez que mi capitán tenía un barco a su mando. Ustedes admitirán que era hora de que lo hiciera. No me cabe duda alguna de que había llegado a los sesenta; era un hombre pequeño, con espaldas anchas y no demasiado derechas, cargado de hombros, con una pierna más chueca que la otra; tenía ese extraño aspecto retorcido que se ve tan a menudo en los hombres que trabajan en el campo. Tenía una cara con forma de cascanueces —nariz y mentón intentando unirse por encima de la boca hundida— y enmarcada por cabellos enmarañados de un gris acero que parecían una carrillera de algodón salpicada con cenizas de carbón de piedra. Y tenía un par de ojos azules en ese viejo rostro suyo, ojos sorprendentemente parecidos a los de un niño, con esa expresión ingenua que algunos hombres bastante sencillos conservan hasta el fin de sus días por obra de un raro don interior de simplicidad de corazón y rectitud de alma. Qué fue lo que lo indujo a aceptarme es un misterio. Yo salía de un encumbrado clíper australiano en el que era tercer oficial y él parecía tener un prejuicio contra los clíperes de primera clase por considerarlos aristocráticos y amanerados. Me dijo: «Sabe que en este barco tendrá que trabajar». Yo dije que había tenido que trabajar en cada uno de los barcos donde había estado. «Ah, pero esto es diferente, y ustedes los caballeros que salen de esas naves grandes... ¡pero bueno! Me atrevería a decir que servirá. Empiece mañana.

Empecé «mañana». Fue hace veintidos años y yo recién había cumplido los veinte. ¡Cómo pasa el tiempo! Fue uno de los días más felices de mi vida. ¡Imaginen! Segundo oficial por primera vez ¡un oficial realmente responsable! No habría vendido mi contrato aunque me hubieran ofrecido una fortuna. El primer oficial me examinó con cuidado. También era un viejo, pero de otro aspecto. Tenía un perfil romano, barba larga y blanca como la nieve y se llamaba Mahon, pero insistía en que su nombre debía pronunciarse Mann. Tenía buenos contactos, sin embargo, algo funcionaba mal con su suerte, y nunca había progresado.

En cuanto al capitán, había trabajado durante años en barcos de cabotaje, luego en el Mediterráneo, y por último en el comercio de las Indias Orientales. Jmás había doblado los Cabos. Apenas podía hacer unas especies de garabatos y no sentía el mas mínimo interés por la escritura. Ambos eran buenos marinos, por supuesto, y entre estos dos viejos yo me sentía como un niño junto a dos abuelos.

El barco también era viejo. Se llamaba «*Judea*». Nombre raro, ¿no es cierto? Perteneecía a un tal Wilmer Wilcox, algo así; hace más de veinte años que está fundido y muerto y su nombre no importa. Había estado amarrado a la dársena de Shadwell durante muchísimo tiempo. Pueden imaginar su estado. Era puro óxido, polvo, tizne, hollín en los palos, mugre sobre cubierta. Para mí era como salir de un palacio Y entrar en una choza arruinada. Pesaba unas 400 toneladas, tenía un cabrestante primitivo, cerrojos de madera en las puertas, ni una pizca de bronce en ningún lado y una gran popa cuadrada. Encima de ella, debajo del nombre en letras grandes, había un montón de firuletes con el dorado saltado y una especie de escudo con el lema «Hacer o morir» debajo. Recuerdo que me gustó enormemente. Tenía un dejo

romántico; había algo que me hacía amar al casco, ¡algo que apelaba a mi juventud!

Salimos de Londres con lastre, lastre de arena, para cargar carbón en un puerto del norte con destino Bangkok. ¡Bangkok! Me estremecía. Había vivido en el mar durante seis años pero sólo había visto Melbourne y Sydney; buenos lugares, encantadores a su manera... ¡pero Bangkok!

Salimos del Támesis a vela, con un práctico del Mar del Norte a bordo. Se llamaba Jermyn y trajinaba todo el día por la cocina secando su pañuelo frente al fuego. Aparentemente no dormía nunca. Era un hombre deprimente; con una lágrima que constantemente le brillaba en la punta de la nariz. Había tenido problemas, los tenía en ese momento o esperaba tenerlos; no podía ser feliz a menos que sucediera algo malo. Desconfiaba de mi juventud, mi sentido común, mi habilidad marinera, y se empeñaba en demostrarlo de cien maneras distintas. Supongo que tenía razón. Me parece que en aquel entonces sabía muy poco y ahora no sé mucho más pero experimento odio hacia ese Jermyn hasta el día de hoy.

Nos costó una semana de esfuerzos llegar hasta Yarmouth Roads y después entramos en una tormenta: la famosa tormenta de octubre de hace veintidos años. Viento, rayos, cellisca, nieve y un mar tremendo. Volábamos por el aire. Podrán imaginar hasta qué punto fue grave si les digo que las amuras se hicieron añicos y se inundó la cubierta. La segunda noche, el lastre pasó a sotavento y a esa altura el viento nos había arrastrado a algún lugar encima del Dogger Bank. Lo único que se podía hacer era bajar con palas e intentar enderezar el barco. Y allí estábamos, en esa vasta bodega, tenebrosa como una caverna, con candiles clavados y titilando sobre las vigas; la tormenta aullaba sobre nosotros; el barco, escorado, se sacudía como loco. Ahí estábamos, Jermyn, el capitán, todos; apenas podíamos mantenernos de pie, ocupados en esa tarea de sepultureros, intentando echar paladas de arena mojada a barlovento. Con cada sacudón de la nave se podía vislumbrar apenas, a la luz mortecina, cómo los hombres caían con gran revuelo de palas. Uno de los grumetes (teníamos dos), impresionado por el carácter lúgubre de la escena, lloraba como si se le fuera a partir el corazón. Podíamos oírlo sollozando en algún lugar en medio de las sombras.

Al tercer día amainó la tormenta y poco tiempo después nos halló un remolcador procedente del norte. ¡En total, tardamos dieciseis días para navegar desde Londres hasta Tyre! Cuando llegamos a la dársena habíamos perdido el turno para recoger la carga y nos pusieron en una fila de espera, donde permanecimos durante un mes. La Sra. Beard (el nombre del capitán era Beard) vino desde Colchester para ver al viejo, vivía a bordo. La tripulación de marineros se había ido y sólo quedaban los oficiales, un grumete y el cocinero, un mulato que respondía al nombre de Abraham. La Sra. Beard era una mujer vieja, con la cara toda arrugada, roja como una manzana de invierno, y la silueta de una muchacha joven. Una vez me vio cosiendo un botón e insistió en que le diera mis camisas para arreglar. Era una situación distinta de la que había vivido con las esposas de los capitanes de los cliperes lujosos. Cuando le llevé las camisas, me dijo: «¿Y los zoquetes? Estoy segura de que necesitan un zurcido. Las cosas de John, el capitán Beard, ya están en orden. Me gustaría tener algo que hacer». Dios bendiga a la anciana. Me puso todo el vestuario a punto y mientras tanto yo lei por primera vez *Sartor Resartus* y *Viaje a Khiva*, de Burnaby. No entendí mucho del primero en ese momento, pero recuerdo que en aquel entonces prefería, el soldado al filósofo, preferencia que la vida no hizo sino confirmar. Uno era un hombre y el otro era algo más o menos. Sin embargo, ambos están muertos ahora y la Sra. Beard está muerta, y la juventud, la fuerza, el genio, los pensamientos, los logros, los corazones sencillos, todo muere... No importa.

Por fin nos cargaron. Embarcamos una tripulación. Ocho marineros avezados y dos grumetes. Una tarde cazamos las velas hacia las boyas de la entrada de la dársena, listos para salir, y con buenas perspectivas de comenzar la travesía al día siguiente. La Sra. Beard debía partir hacia su casa en un tren nocturno. Una vez que el barco estuvo anclado fuimos a tomar el té. Estuvimos bastante silenciosos durante la merienda, Mahon, la pareja de ancianos y yo. Yo terminé primero y me escabullí para fumar un cigarrillo; mi cabina estaba en una camareta alta justo contra la toldilla. La marea estaba alta, soplaba un aire fresco con una ligera llovizna; la doble compuerta de la dársena estaba abierta y los carboneros salían y entraban en la oscuridad con las luces encendidas y brillantes desde las cabeceras de los muelles. Yo contemplaba la procesión de luces de cabecera deslizándose por arriba y luces verdes deslizándose por abajo en medio de la noche cuando intempestivamente un destello rojo centelló delante de mí, desapareció, volvió a aparecer, y permaneció allí. La proa de un buque de vapor insinuó su silueta amenazante muy cerca de nosotros. Grité a la cabina, «¡Suban, rápido!» Y luego escuché una voz azorada que decía, a lo lejos, en la oscuridad: «Deténgalo, señor». Repicó una campana. Sonó otra voz en son de advertencia: «Vamos derecho contra ese buque señor». La respuesta fue un lacónico «Bueno», y lo próximo que se escuchó fue un impacto sordo producido cuando el buque a vapor dio un golpe de refilón con el morro de su proa cerca de nuestro aparejo de proa. Se produjo un momento de confusión, alaridos y corridas. El vapor rugía. Entonces se escuchó decir a alguien: «Todo claro, señor». «¿Está usted bien?», preguntó la voz lacónica. Yo había saltado hacia adelante para ver los daños, y respondí con un grito, «Eso creo». «Tranquilo a popa», dijo la voz lacónica. Repicó una campana. «¿Qué buque de vapor es ese?» aulló Mahon. Por ese entonces no era más que una sombra voluminosa que maniobraba a cierta distancia. Nos gritaron algún nombre —un nombre de mujer, Miranda o Melissa o algo por el estilo—. «Esto significa un mes más en este condenado pozo», me dijo Mahon, mientras escudriñábamos con las lámparas alrededor de las amuras hechas pedazos y las brazas rotas. «¿Pero, dónde está el capitán?»

No lo habíamos escuchado ni visto durante todo ese tiempo. Fuimos a buscarlo por la popa. Se escuchó una voz quejumbrosa llamando desde algún sitio en el medio de la dársena, «¡Judea ahoy!». ¿Cómo demonios había llegado hasta allí? «¡Hola!», gritamos. «Estoy a la deriva en nuestro bote, sin remos», exclamó. Un botero retrasado ofreció sus servicios y Mahon llegó por fin a un acuerdo por media corona para que remolcara al capitán hasta atracar junto a nosotros. Sin embargo, la primera en subir la escala fue la Sra. Beard. Habían estado flotando en la dársena bajo esa lluvia fría y húmeda durante casi una hora. Nunca me sentí tan sorprendido en mi vida.

Parece que cuando escuchó mi grito «Suban» comprendió de inmediato lo que sucedía, agarró a su mujer, corrió a

cubierta, la cruzó, y entró al bote que estaba trincado a la escala. Nada mal para un hombre de sesenta años. Imaginen ustedes a ese viejo salvando heroicamente en sus brazos a aquella anciana, la mujer de su vida. La ubicó sobre una bancada y estaba listo para volver a bordo cuando de alguna manera se soltó la amarra y partieron los dos juntos. Por supuesto que no lo escuchamos gritar en medio de la confusión. Parecía avergonzado. Ella dijo con buen humor, «¿Supongo que ahora no importa que pierda el tren?» «No, Jenny, baja y caliéntate» — bramó. Luego, a nosotros: «Un marinero no tiene por qué estar con su esposa, he dicho. Ahí estaba yo, fuera del barco. Bien, esta vez no pasó nada malo. Vayamos a ver qué destrozos hizo ese vapor babyeca».

No era mucho, pero nos retrasó tres semanas. Al terminar ese período y como el capitán estaba ocupado con sus apoderados, yo llevé la valija de la Sra. Beard a la estación de ferrocarril y la ubiqué bien arropadita en un vagón de tercera clase. Bajó la ventana para decir, «Usted es un buen muchacho. Si ve a John —el Capitán Beard— sin su bufanda por la noche, sencillamente recuérdeme de parte mía que mantenga su garganta bien abrigada?». «Lo haré sin falta, Sra. Beard», dije. «Usted es un buen muchacho; ya noté cuán atento es con John, con el capitán». El tren brincó de golpe; me saque la gorra para saludar a la anciana; nunca la volví a ver... Pasen la botella.

Nos hicimos a la mar al día siguiente. Cuando zarpamos para Bangkok ese día, hacía tres meses que habíamos salido de Londres. Habíamos pensado tardar una quincena, más o menos, como máximo.

Era enero, y el tiempo estaba hermoso, ese hermoso clima soleado de invierno que resulta más atractivo que el de verano por lo inesperado y refrescante y porque uno sabe que no durará mucho, no puede durar. Es como un regalo, un don del cielo, un golpe de suerte inesperado.

Duró todo el trayecto por el Mar del Norte, por el Canal y hasta que estuvimos a unas trescientas millas al oeste de los Lizards; después el viento dobló hacia el sudoeste y empezó a soplar fuerte. A los dos días se convirtió en una tormenta. El *Judea*, puesto al paio, se sacudía sobre el Atlántico como un viejo candelero. Sopló día tras día, con odio, sin pausa, sin piedad, sin descanso. El mundo no era sino una inmensidad de grandes olas llenas de espuma que se abalanzaban sobre nosotros, bajo un cielo lo suficientemente cercano como para tocarlo con la mano y tan sucio como un cielorraso tiznado. En el espacio tormentoso que nos rodeaba volaba tanta llovizna como aire. Día tras día, noche tras noche no había alrededor del barco más que el ulular del viento, el rugido del mar, el ruido del agua que caía copiosamente sobre la cubierta. No había descanso ni para él ni para nosotros. Se sacudía, se sumergía, se paraba sobre la cabeza, se sentaba sobre la cola, se revolcaba, gemía, y nosotros teníamos que agarrarnos mientras estábamos en cubierta y aferrarnos a las cuquetas cuando estábamos abajo, en un constante esfuerzo físico y preocupación mental.

Una noche Mahon habló por la pequeña ventana de mi camarote. Daba justo a mi cama y yo yacía allí sin poder conciliar el sueño, con las botas puestas, sintiéndome como si no hubiera dormido durante años y como si no hubiera podido hacerlo aunque lo intentara. Dijo excitado: «¿Tienes la sonda allí, Marlow? No puedo hacer que las bombas extraigan agua. ¡Por Dios! esto no es juego de niños».

Le di la sonda y me volví a acostar tratando de pensar en distintas cosas, pero sólo pensaba en las bombas. Cuando fui a cubierta seguían ocupados con ellas y mi guardia los relevó. A la luz del farol que habían llevado a cubierta para examinar la sonda atisé sus rostros serios, agotados. Bombeamos durante las cuatro horas. Bombeamos toda la noche, todo el día, toda la semana, guardia tras guardia. El barco se estaba desarmando, y hacía mucha agua, no tanto como para ahogarnos enseguida pero lo suficiente para matarnos con la tarea de las bombas. Y mientras bombeábamos el barco se nos iba de a pedazos; se fueron las amuras, se desgarraron los montantes, los ventiladores se despedazaron, la puerta de la cabina reventó. No había un punto seco en todo el barco. Se estaba destripando pedacito a pedacito. La chalupa se convirtió en astillas como por arte de magia, sobre las trincas. Yo mismo la había amarrado y me sentía bastante orgulloso de mi trabajo que había soportado durante tanto tiempo la vileza del mar. Y nosotros bombeábamos. Y no había pausa en el tiempo. El mar estaba blanco como un manto de espuma, como un caldero de leche hirviendo; no había una sola grieta en las nubes, no. Ni siquiera del tamaño de la mano de un hombre no, ni siquiera durante diez segundos. Para nosotros no había cielo, no había estrellas, ni sol, ni universo, nada sino nubes furiosas y un mar embravecido. Bombeábamos guardia tras guardia, por nuestras vidas; y parecía durar meses, años, toda la eternidad, como si hubiéramos muerto y estuviéramos en un infierno para marineros. Olvidamos el día de la semana, el nombre del mes, qué año era, y si alguna vez habíamos pisado tierra firme. Las velas se volaron, el barco yacía sobre el costado bajo las escotas de barlovento, el océano se derramaba sobre él, y nosotros no nos preocupábamos. Girábamos esas manijas y teníamos ojos de idiotas. Apenas nos arrastrábamos hasta la cubierta, yo acostumbraba atar con una misma soga a los hombres, las bombas, y el palo mayor y girábamos, girábamos sin cesar, con el agua hasta la cintura, el cuello, sobre la cabeza. Era todo uno. Habíamos olvidado cómo era estar secos.

Y en algún lado dentro de mí yo pensaba: «¡Pardiez! esto sí que es una aventura, una de esas cosas sobre las cuales uno lee; y es mi primer viaje como segundo oficial, y no tengo más que veinte años, y aquí estoy capeándola tan bien como cualquiera de estos hombres, y manteniendo a mis muchachos a la altura de las circunstancias». Estaba satisfecho. No habría renunciado a la experiencia por nada del mundo. Vivía momentos de exaltación. Cada vez que la vieja nave destartada cabeceaba con fuerza y con la bovedilla bien alta en el aire, me parecía que vomitaba, cual llamado, cual desafío, cual grito a las nubes sin piedad, las palabras escritas en su popa: «*Judea*, Londres. Hacer o Morir».

¡Oh, juventud! Su fuerza, su fe, su imaginación! Para mí no era un viejo cascajo que arrastraba un montón de carbón alrededor del mundo como cargamento; para mí era el empeño, la prueba, el juicio de la vida. Pienso en él con placer, con afecto, con pena, como pensaría en alguien a quien he amado y ya ha muerto. Jamás lo olvidaré... Pasen la botella.

Una noche, mientras estábamos atados al mástil, como expliqué antes, y bombeábamos, ensordecidos por el viento, y sin ánimo suficiente como para desear la muerte, un mar poderoso se estrelló a bordo y pasó rozándonos. Apenas recobré el aliento grité, como constreñido por el deber: «¡Sigan, muchachos!» cuando de repente sentí algo duro que flotorba sobre la cubierta y me golpeaba la canilla. Le di un manotón pero se me escabulló. Estaba tan oscuro que no podíamos vernos las caras a un pie de distancia, ustedes comprenden.

Después de ese trastazo el barco se mantuvo tranquilo durante un tiempo y el objeto, fuera lo que fuese, me volvió a golpear la pierna. Esta vez lo agarré y era una cacerola. Al principio, agotado por el cansancio y pensando únicamente en las bombas, no entendía lo que tenía en la mano. De repente, se me hizo la luz y exclamé. «Muchachos, la camareta de cubierta desapareció. Dejen esto y busquemos al cocinero».

Había una camareta alta adelante que contenía la cocina, el camarote del cocinero y el alojamiento de la tripulación. Como durante días habíamos esperado que fuera barrida al mar, se había ordenado a los marineros que durmieran en la cabina, único lugar seguro del barco. El cocinero Abraham, insistió, sin embargo, en aferrarse a su camarote, tontamente, como una mula, creo que por puro miedo, como un animal que se niega a abandonar el establo que se cae durante un terremoto. De manera que fuimos a buscarlo. Significaba apostar a la muerte, pues una vez que nos soltábamos de las amarras estábamos tan expuestos como si se tratara de una balsa. Pero fuimos. La camareta estaba despedazada, como si una granada hubiera explotado en el interior. La mayor parte se había ido por la borda; fogón, habitaciones de los marineros, y sus pertenencias, todo había desaparecido; sin embargo, dos pilares que sostenían una parte del mamparo al cual estaba clavada la cucheta de Abraham permanecían en pie como por milagro. Tanteamos entre las ruinas y llegamos a ellos y allí estaba él, sentado sobre la cucheta, rodeado por espuma y ruinas, farfullando alegremente consigo mismo. Estaba fuera de sus cabales; completa y permanentemente loco, con este choque repentino había llegado al límite de sus fuerzas. Lo arrebatamos, lo cargamos a popa, y lo zambullimos de cabeza en la cabina. Ustedes comprenden que no había tiempo para transportarlo hasta abajo con infinitos cuidados y esperar hasta ver cómo reaccionaba. Los que estaban abajo sin duda lo alzarían cuando llegara al pie de la escalera. Teníamos prisa por regresar a las bombas. Ese trabajo no podía esperar. Una vía de agua grave es algo inhumano.

Se podría pensar que el único objetivo de esa tormenta demoníaca había sido convertir a ese pobre mulato en un loco. Aflojó antes de la mañana, y al día siguiente el cielo escampó, y a medida que el mar bajaba el rumbo declinaba. Cuando llegó el momento de envergar un nuevo juego de velas la tripulación exigió que se regresara, y en realidad no se podía hacer otra cosa. Botes desaparecidos, cubiertas barridas, cabina destripada, hombres sin un trapo fuera de lo que tenían puesto, vituallas arruinadas, barco extenuado. Enfilamos hacia casa y —¿quieren creerlo?— el viento vino del este directamente sobre nuestras caras. Soplaba fresco, soplaba sin pausa. Tuvimos que pelear cada pulgada del camino, pero no hacía agua en la misma medida que antes, el nivel se mantenía comparativamente bajo. Bombear dos horas de cada cuatro no es broma, pero se mantuvo a flote hasta Falmouth.

La buena gente del lugar vive de los accidentes del mar y, sin duda, se alegraron al vernos. Una multitud de carpinteros hambrientos afilaron sus formones al ver ese esqueleto de barco. ¡Y pardiez! obtuvieron sus buenas ganancias antes de terminar con nosotros. Imagino que el dueño ya se encontraba en una situación incómoda. Hubo retrasos. Luego se decidió bajar parte del cargamento y calafatear el casco. Se hizo eso, terminaron los arreglos, se reembarcó la carga; llegó una nueva tripulación a bordo, y salimos hacia Bangkok. Al cabo de una semana habíamos regresado. La tripulación dijo que no iría a Bangkok —una travesía de ciento cincuenta días— en algo así como un queche al cual había que bombear ocho horas de cada veinticuatro, y los registros marinos volvieron a insertar el breve párrafo: «*Judea*. Barca. Tyne a Bangkok; carbón; regreso a Falmouth con avería y tripulación que se niega a trabajar».

Hubo más retrasos, más martilleos. El patrón bajó durante un día y dijo que el barco estaba afinado como un violín. El pobre viejo capitán Beard parecía el fantasma de un patrón muerto por la ansiedad y la humillación que le producía todo esto. Recuerden que tenía sesenta años y era su primer viaje como capitán. Mahon dijo que era un asunto tonto y que terminaría mal. Yo quería al barco más que nunca y sentía enormes deseos de llegar a Bangkok. ¡A Bangkok! Nombre mágico, nombre bendito. La Mesopotamia no era ni una mancha a su lado. Recuerden que yo tenía veinte años, y era mi primera boleta como segundo oficial, y oriente me esperaba.

Salimos y anclamos en las rutas exteriores con una tripulación nueva, la tercera. Hacía más agua que nunca. Era como si esos malditos carpinteros le hubieran hecho agujeros. Esta vez ni siquiera salimos. La tripulación sencillamente se negó a hacer funcionar el cabrestante.

Nos remolcaron de vuelta al puerto interior y nos convertimos en un odorno, una señal, una institución del lugar. La gente nos señalaba a los visitantes diciendo. «Eso barco de ahí que va a Bangkok, hace seis meses que está aquí, tuvo que retrasarse tres veces». Durante las vacaciones, los niños que daban vueltas en botes solían exclamar como saludo, «¡*Judea*, ahoy!» y si aparecía alguna cabeza encima de la barandilla, gritaban: «¿Cuál es su destino? ¿Bangkok?» y reían. Eramos solamente tres a bordo. El pobre viejo capitán rumiaba en la cabina. Mahon se hizo cargo de la cocina y sorprendentemente desarrolló todo el genio de un francés para preparar mezclas muy sabrosas. Yo me ocupaba lánguidamente de los aparejos. Nos convertimos en ciudadanos de Falmouth. Todos los comerciantes nos conocían. En la peluquería o la tabaquería nos preguntaban en tono confianzudo. «¿Creen que alguna vez llegarán a Bangkok?» Mientras tanto, el patrón, los aseguradores y los fletadores discutían en Londres, y nuestra paga continuaba... Pasen la botella.

Fue horrible. Moralmente era peor que bombear para salvar la vida. Parecía que el mundo nos había olvidado, que no pertenecíamos a nadie, que no llegaríamos a ninguna parte. Parecía que, embrujados, tendríamos que vivir para siempre jamás en ese muelle interior, una burla y un sinónimo de vagos costeros y marineros deshonestos para generaciones por venir. Obtuve la paga de tres meses y cinco días de licencia y me fui disparando a Londres. Tardé un día en llegar y yo diría que otro para volver, pero los tres meses de paga se fueron igual. No sé qué hice con ella. Fui a un teatro de revistas, creo, almorcé, comí y cené en un sitio lujoso de Regent Street, y regresé a tiempo, con nada más que una colección completa de las obras de Byron y una manta de viaje nueva como recompensa por tres meses de trabajo. El botero que me arrimó al barco dijo: «¡Hola! Pensé que había abandonado el casco. Él nunca llegará a Bangkok». «Eso es todo lo que usted puede decir», dije con desprecio, pero no me gustó nada la profecía.

De buenas a primeras apareció un hombre con poderes totales, una especie de apoderado de alguien. Tenía venosidades producidas por el alcohol en toda la cara, una energía indomable, y era un alma alegre. Volvimos a saltar a la vida. Se

arrimó un barco viejo, se llevó nuestra carga y después fuimos a un astillero para que nos arrancaran el cobre. No debía sorprender que hiciera agua. El pobre, agotado por la tormenta mas allá de sus fuerzas, había escupido, como con asco, toda la estopa de la quilla. Lo volvieron a calafatear, le pusieron cobre nuevo y lo sellaron como una botella. Regresamos al barco viejo y reembarcamos la carga.

Entonces, en una bella noche de luna, todas las ratas abandonaron el barco.

Habíamos estado infectados de ratas. Habían destruido nuestras velas, consumido más víveres que la tripulación, compartido amablemente nuestras camas y nuestros peligros, y ahora, cuando el barco estaba listo para navegar, terminaron por desaparecer. Llamé a Mahon para que gozara el espectáculo. Rata tras rata aparecía sobre la barandilla, echaba una última mirada sobre el hombro, y saltaba con un golpe seco al viejo barco vacío. Intentamos contarlas, pero pronto nos perdimos. Mahon dijo: «¡Bueno, bueno! no me hablen sobre la inteligencia de las ratas. Tendrían que haberse ido antes, cuando estuvimos a un paso del naufragio. Ahí tiene usted una prueba de lo tonta que es la superstición acerca de las ratas. Abandonan un buen barco por un viejo armatoste podrido, donde, además, no hay nada para comer, ¡Las muy necias! No creo que sepan qué es lo seguro o lo bueno para ellas, no más de lo que podemos saber usted o yo».

Y después de charlar un poco más acordamos que se había sobrevaluado la sabiduría de las ratas ya que, en realidad, ésta no era mucho mayor que la de los hombres.

Por esto, la historia del barco se divulgó todo a lo largo del canal, desde Land's End hasta Forelands, y no pudimos obtener ninguna tripulación sobre la costa sur. Nos enviaron una completa desde Liverpool y volvimos a partir hacia Bangkok.

Tuvimos brisas suaves, agua tranquila hasta en los trópicos, y el viejo *Judea* avanzaba lentamente bajo el sol. Cuando andaba a ocho nudos todo lo que había a bordo se despedazaba, y nos atábamos las gorras a la cabeza; pero por lo general se deslizaba a una velocidad de tres millas por hora. ¿Qué se podía esperar? Estaba cansado ese viejo barco. Su juventud se hallaba donde esta la mía, donde está la de ustedes, amigos míos que escuchan este relato, y ¿qué amigo les echaría en cara sus años y su agotamiento? No lo criticábamos. A nosotros, los oficiales al menos, nos parecía que habíamos nacido en el barco, que nos habíamos criado allí, que habíamos vivido durante siglos a bordo, que jamás habíamos conocido otro barco. Para mí habría sido lo mismo que burlarme de la vieja iglesia de mi pueblo porque no era una catedral.

Y en mi caso, también tenía la juventud que me ayudaba a conservar la paciencia. Tenía todo el oriente por delante, y toda la vida, y la idea de que se me había probado en ese barco y había salido bastante airoso. Y pensaba en los hombres de antaño que siglos atrás habían surcado esas rutas en barcos que no navegaban mejor que el nuestro, hacia la tierra de las palmeras, y las especias, y las arenas amarillas, y las naciones marrones gobernadas por reyes más crueles que el romano Nerón y mas espléndidos que Salomón el judío. La vieja barca se arrastraba, cargada con sus años y el peso de su mercadería, mientras yo vivía la vida de la juventud en la ignorancia y la esperanza. Se arrastraba a lo largo de una procesión interminable de días; y el dorado flamante resplandecía al ponerse el sol y parecía vociferar, sobre el mar que se oscurecía, las palabras pintadas en la proa: «Judea, Londres. Hacer o morir».

Después entramos en el Océano Índico y enfilamos hacia el norte en dirección al Espolón de Java. Los vientos eran ligeros. Las semanas se deslizaban. El barco avanzaba lentamente, hacer o morir, y quienes nos escribían desde nuestra tierra empezaron a pensar en mandar las cartas a poste restante.

Un sábado a la tarde, mientras estaba fuera de servicio, los hombres me pidieron que les diera uno o dos baldes de agua extra, para lavar ropa. Como no quería hacer funcionar la bomba de agua fresca tan tarde, me puse en camino silbando y con una llave en la mano para abrir la escotilla del pañol de proa con la intención de sacar el agua de un tanque de reserva que guardábamos allí.

El olor que venía de abajo fue tan inesperado como aterrador. Se podría haber pensado que cientos de lámparas de parafina habían estado encendidas y humeando en ese agujero durante días. El marinero que me acompañaba tosió y dijo: «Curioso olor, señor». Yo respondí con displicencia: «Dicen que es bueno para la salud», y me encaminé a popa.

Lo primero que hice fue asomar la cabeza por el cuadrado del ventilote que estaba en el medio del barco. Al levantar la tapa surgió un aliento visible, algo parecido a una niebla débil, una bocanada de bruma dispersa. El aire que ascendía era caliente y tenía un olor pesado, olor a hollín, a parafina. Aspiré una vez y bajé la tapa con suavidad. No tenía sentido intoxicarme. La carga estaba en llamas.

Al día siguiente empezó a largar humo en serio. ¿Sabían?, era previsible, pues a pesar de que el carbón era de un tipo que no ofrecía peligro, ese cargamento había sido tan manoseado, se lo había roto tanto al manipularlo, que parecía carbón de fragua más que cualquier otra cosa. Luego se había mojado más de una vez. Mientras lo volvimos a sacar del viejo armatoste llovió todo el tiempo, y ahora, en este largo pasaje, se había calentado, y ahí teníamos otro caso de combustión espontánea.

El capitán nos llamó a la cabina. Tenía un mapa desplegado sobre la mesa y parecía desazonado. Dijo: «La costa de Australia Oeste esta cerca, pero yo me propongo continuar hasta nuestro destino. Estamos en el mes de los huracanes, además; pero mantendremos el barco proa a Bangkok, y lucharemos contra el fuego. No más retrasos en ningún lado, inclusive si morimos asados. Primero trataremos de ahogar esta maldita combustión por falta de aire».

Lo intentamos. Aseguramos todo con listones, y aún seguía humeando. El humo no cesaba de salir a través de grietas imperceptibles; se abría camino a través de mamparos y cubiertas; se escurría aquí, allá y acullá en finas hebras, en películas invisibles, de un modo incomprensible. Llegó hasta la cabina, hasta el castillo de proa; envenenó los sitios protegidos sobre la cubierta, se lo podía oler inclusive en la verga mayor. Era evidente que si el humo salía el aire entraba. Eso resultaba descorazonador. Esta combustión se negaba a ser ahogada.

Decidimos probar con agua, y sacamos las escotillas. Enormes masas de humo blancuzco, amarillento, denso, grasoso, nebuloso, ahogante, ascendían hasta los vertellos. Todos los hombres corrieron a la popa. Después la nube

venenosa se disipó y volvimos a trabajar en medio de un humo que ahora no era más espeso que el que sale de la chimenea de cualquier fábrica.

Armamos la bomba impelente, instalamos la manguera y ahí mismo estalló. Bueno era tan vieja como el barco; una manguera prehistórica, y sin arreglo. Entonces bombeamos con una bomba débil, extrajimos el agua con baldes, y así logramos, por fin, arrojar un montón de Océano Indico por la escotilla mayor. La corriente brillante refulgió a la luz del sol, descendió a una capa de humo blanco, serpenteante, y desapareció sobre la negra superficie del carbón. Brotó vapor que se mezcló con el humo. Arrojamus agua salada como a un barril sin fondo. Nuestro destino en ese barco era bombear, bombear hacía afuera, bombear hacia adentro, y después de mantener el agua afuera para salvarnos de morir ahogados, arrojamus agua adentro como dementes para salvarnos de morir quemados.

Y se arrastraba lentamente, hacer o morir, en el tiempo sereno. El cielo era un milagro de pureza, un milagro de azul, El mar era lustroso, era azul, era diáfano, era brillante como una piedra preciosa, se extendía sobre todos los costados, todo alrededor del horizonte, como si todo el globo terráqueo hubiera sido una joya, un zafiro colosal, una única gema tallada para formar un planeta. Y sobre el brillo de las vastas aguas calmas el *Judea* se deslizaba imperceptible, envuelto en vapores lánguidos e impuros, en una nube perezosa que flotaba a sotavento, suave y lenta; una nube pestilente que mancillaba el esplendor del mar y el cielo.

Durante todo ese tiempo no vimos fuego, por supuesto. La carga ardía en rescoldo en alguna parte. Una vez, mientras trabajábamos hombro a hombro, Mahon me dijo con una sonrisa extraña: «Bueno, si por lo menos apareciera una pequeña vía de agua, como en aquella ocasión cuando salimos del Canal por primera vez, pondría un tapón a este fuego. ¿No es así?» Comenté sin darle trascendencia: «¿Recuerda las ratas?»

Combatimos el fuego y además dirigimos el barco con tanto cuidado como si no hubiera sucedido nada. El cocinero se ocupaba de la comida y nos atendía. De los otros doce hombres, ocho trabajaban mientras cuatro descansaban. Todos cumplían su turno, incluyendo al capitán. Había igualdad, y si bien no exactamente fraternidad, sí una medida de buenos sentimientos. A veces, uno de los hombres, mientras lanzaba un balde de agua por la escotilla, exclamaba: «¡Hurra por Bangkok!» y el resto reía. Pero por lo general estábamos taciturnos y serios y sedientos. ¡Ay! ¡Qué sedientos! Y debíamos cuidarnos con el agua. Raciones estrictas. El barco humeaba, el sol calcinaba... Pasen la botella.

Probamos todo. Inclusive hicimos un intento de enterrar el fuego con palas. Inútil, por supuesto. Nadie podía permanecer más de un minuto abajo. Mahon, que entró primero, se desmayó, y lo mismo le sucedió al marinero que bajó a buscarlo. Los halamos a cubierta. Después salté yo para demostrar cuán fácil era. A esa altura ya habían aprendido y se contentaron con pescarme con un gancho en la punta de una cadena atada a un palo de escoba, creo. No ofrecí ir a buscar mi pala, que quedó abajo.

Las cosas empezaron a ponerse feas. Bajamos la chalupa al agua. El segundo bote estaba listo para descender. También teníamos otro, uno de catorce pies sobre el pescante de popa, donde estaba bastante seguro.

Entonces, oh sorpresa, el humo disminuyó. Redoblamos los esfuerzos por inundar el fondo del barco. En dos días no hubo más humo. Todo el mundo gastaba una gran sonrisa. Eso fue un viernes. El sábado no se hizo nada, fuera de conducir el barco, claro. Los marineros se lavaron la ropa y la cara por primera vez en quince días y se les ofreció una cena especial. Hablaban con sorna de la combustión espontánea e implicaban que ellos eran los hombres indicados para apagar incendios. De alguna manera, todos sentíamos que habíamos heredado una gran fortuna. Sin embargo, por todo el barco había un horrible olor a quemado. El capitán Beard tenía los ojos hundidos y las mejillas huesudas. Nunca antes había notado cuan torcido y encorvado estaba. El y Mahon rondaban por escotillas y ventiletes con gravedad, oliendo. De repente se me ocurrió que el pobre Mahon era un tipo muy, muy viejo. En cuanto a mí, me sentía tan satisfecho y orgulloso como si hubiera ayudado a ganar una gran batalla naval. ¡Oh, Juventud!

La noche fue agradable. A la mañana nos pasó un barco que regresaba a Inglaterra, el primero que veíamos en meses; pero nosotros nos acercábamos a tierra, por fin. El Espolón de Java se encontraba a unas 190 millas de distancia, y casi en línea recta hacia el norte.

Al día siguiente me tocaba a mí la guardia de ocho a doce sobre cubierta. Durante el desayuno, el capitán comentó: «Es sorprendente cómo ese olor se mantiene alrededor de la cabina». A eso de las diez, mientras el oficial estaba en la popa, bajé un rato a la cubierta principal. El banco del carpintero estaba atrás del palo mayor; me apoyé sobre él chupando mi pipa y el carpintero, un muchacho joven, vino a conversar conmigo. Observó: «Hicimos un muy buen trabajo, ¿no es cierto?» y luego noté con enojo que el muy tonto estaba tratando de ladear el banco. Dije con sequedad: «No haga eso, Astillas», y de inmediato tomé conciencia de una sensación rara, una ilusión absurda: de alguna manera parecía estar en el aire. Escuché todo a mi alrededor algo así como la liberación de una respiración contenida, como si mil gigantes hubieran dicho al unísono «¡Buuu!», y sentí un golpe seco que me hizo doler las costillas. No cabía duda; estaba en el aire, y mi cuerpo estaba describiendo una breve parábola. Pero a pesar de su brevedad tuve tiempo de pensar varias cosas en el siguiente orden, según recuerdo: «Esto no puede ser obra del carpintero. ¿Qué es? Algún accidente. ¿Un volcán submarino? Carbón. ¡Gas! ¡Pardiez, estamos estallando! ¿Todos están muertos? Yo estoy cayendo por la escotilla de popa. Veo fuego adentro».

El polvo de carbón suspendido en el aire de la bodega había refulgido con un destello rojo opaco en el momento de la explosión. En un abrir y cerrar de ojos, en una fracción infinitesimal de segundo desde la primera inclinación del banco, quedé tendido cuan largo era sobre la carga. Me incorporé y salí a los tumbos. Fue rápido como un rebote. La cubierta era un desierto de maderas destrozadas, yacían cruzadas como los árboles de un bosque después de un huracán; una inmensa cortina de harapos manchados se mecía suavemente adelante de mí. Era la vela mayor hecha jirones. Pensé: «los mástiles caerán de inmediato»; y para salir del camino salté en cuatro patas hacia la escalerilla de popa. La primera persona que vi fue a Mahon, los ojos como platos, la boca abierta, y el largo cabello blanco parado bien de punta alrededor de la cabeza como un halo de plata. Justo estaba por descender cuando el espectáculo de la cubierta mayor que se mecía, crecía y se convertía en astillas ante sus ojos, lo petrificó en el primer escalón. Lo miré con expresión

incrédula, él me devolvió la mirada con una extraña especie de curiosidad azorada. Yo no sabía que no tenía cabellos, ni cejas, ni pestañas, que mi joven bigote había quedado calcinado, que mi rostro estaba negro, una mejilla abierta, la nariz cortada y el mentón sangrante. Había perdido la gorra, una de las zapatillas y tenía la camisa harapienta. No me había dado cuenta de nada de eso. Me sentía azorado al ver que el barco flotaba aún, que la cubierta de popa estaba sana y, sobre todo, que había alguien vivo. La paz del cielo y la serenidad del mar también resultaban claramente sorprendentes. Supongo que esperaba verlos convulsionados por el terror... Pasen la botella.

Una voz llamaba al barco desde alguna parte; en el aire, en el cielo, yo no podía decirlo. Entonces vi al capitán, y estaba loco. Me preguntó con ansiedad: «¿Dónde está la mesa de la cabina», y escuchar tal pregunta fue un golpe tremendo. Yo acababa de volar por los aires, ¿entienden?, y aún vibraba con esa sensación; no estaba muy seguro acerca de si vivía o no. Mahon empezó a patear con ambos pies y vociferó, «¡Dios mío!, ¿no ve que se ha volado la cubierta?» Hallé un dejo de voz y tartamudé como consciente de una grave falta al deber: «No sé dónde está la mesa de la cabina». Era como un sueño absurdo.

¿Saben qué fue lo que quiso después? Pues, quería orientar las vergas. Con toda placidez, y como sumergido en sus pensamientos, insistía en que se equilibrara la verga del trinquete. «No sé si queda alguien con vida», dijo Mahon, al borde del llanto. «Seguro —dijo con suavidad— que habrá bastantes como para orientar la verga del trinquete».

Parece que el viejo estaba en su camarote dando cuerda a los cronómetros cuando el golpe lo hizo girar como un trompo. Inmediatamente se le ocurrió —según contó después— que el barco había chocado contra algo y corrió hacia la cabina. Allí vio que la mesa había desaparecido en algún sitio. Al volar la cubierta había caído dentro del pañol, por supuesto. Donde habíamos tomado el desayuno esa mañana no vio más que un gran agujero en el piso. Esto se le presentó como algo tan tremendamente misterioso, y lo impresionó de tal modo, que lo que vio y escuchó después de llegar a cubierta eran pavadas en comparación. Y sepan que percibió de inmediato que el timón estaba desierto y que su barco había perdido el rumbo, y su única preocupación fue reencausar esa cáscara miserable, pelada, sin cubierta, humeante, que había sido un barco, y volverlo a poner con la proa hacia su puerto de destino. ¡Bangkok! Eso era lo que buscaba. Les digo que este hombrecito silencioso, encorvado, patizambo, casi deforme era inmenso en la unicidad de su idea y en su plácida ignorancia de nuestra agitación. Nos hizo señas para que comenzáramos con un gesto de mando, y fue a ocuparse él mismo de la rueda del timón.

Sí, eso fue lo primero que hicimos: ¡orientar las vergas de ese naufragio! No hubo ningún muerto, o herido siquiera, pero todos estaban más o menos lastimados. Tendrían que haberlos visto. Algunos estaban en harapos, con los rostros negros como carboneros o limpiadores de chimeneas, y con las cabezas con forma de bala que parecían peladas al ras, pero en realidad estaban quemadas hasta la piel. Otros, de la guardia de abajo, que habían despertado al ser catapultados fuera de sus cuquetas que se hundían, temblaban sin cesar, y no dejaban de emitir quejidos, inclusive mientras trabajábamos. Pero todos trabajaban. Esa tripulación de los casos difíciles de Liverpool estaba hecha de buena pasta. Mi experiencia es que siempre sucede así. Es el mar el que la pone en ellos, la vastedad, la soledad que rodea sus almas oscuras, estólicas. ¡Ah! ¡Bueno! Trastabillábamos, serpeábamos, caíamos, nos raspábamos las tibias en el naufragio, halábamos. Los mástiles permanecían en pie, pero no sabíamos cuán chamuscados podían estar abajo. El mar estaba casi calmo, pero una ola ancha venía del oeste y el barco se mecía. Podían caer en cualquier momento. Los mirábamos con aprensión. No se podía prever hacia qué lado caerían.

Después retrocedimos a popa y contemplamos a nuestro alrededor. La cubierta era una maraña de tablones de punta, tablones de costado, astillas, carpintería arruinada. Los palos brotaban de ese caos como árboles altos por encima de un espeso sotobosque. Los intersticios de esa masa de ruinas estaban llenos de algo blancuzco, baboso, agitado, algo que se asemejaba a una niebla grasienta. El humo del fuego invisible volvía a subir, se arrastraba, como un vaho espeso y venenoso, en algún valle ahogado por la madera muerta. Ya algunos manojitos perezosos empezaban a ascender en espirales entre la masa de astillas. Aquí y allá un trozo de madera, clavado de punta, parecía un poste. La mitad de la perilla había salido disparada a través del trinquete y el cielo aparecía como un parche de un azul glorioso en la lona de manchas impuras. Una porción de varias tablas unidas entre sí había caído sobre la barandilla y uno de los extremos colgaba fuera del barco como un pasamanos que conducía a la nada, un pasamanos que conducía por encima del mar, que conducía hacia la muerte, como invitándonos a caminar por la tabla floja sin demora y dar fin a nuestros ridículos problemas. Y sin embargo, el aire, el cielo... un fantasma, algo invisible llamaba al barco.

Alguien tuvo el buen tino de mirar hacia el agua y ahí estaba el timonel que había saltado por la borda impulsivamente y ahora ansiaba regresar. Vociferaba con la fuerza de un tritón, manteniéndose a la par del barco. Le tiramos una cuerda y al rato estaba entre nosotros chorreando agua, y muy cabizbajo. El capitán había entregado el timón y alejado, con el codo sobre la baranda y el mentón en la mano, contemplaba el mar, pensativo. Nos preguntábamos: «¿Qué más?» Yo pensaba: «¡Ah, esto sí que es algo bueno! ¡Esto es lo más grandioso! Me pregunto qué sucederá» ¡Oh, juventud!

De repente Mahon divisó un vapor por la popa, lejos. El capitán Beard dijo: «Aún podemos hacer algo con él». Izamos dos banderas que en el lenguaje internacional del mar decían: «Incendio. Necesitamos ayuda inmediata». El vapor creció sin demora, y al rato habló con dos banderas en el palo de trinquete: «Voy en su auxilio».

En media hora estaba por el través de barlovento, lo suficientemente cerca como para escucharnos y meciéndose con suavidad, con las máquinas detenidas. Perdimos la compostura, y vociferamos todos a la vez con alegría: «Hemos explotado». Un hombre con un casco blanco, de pie sobre el puente, exclamó: «Sí, bien», y meneaba la cabeza, y sonreía, y hacía gestos tranquilizadores con la mano como dirigiéndose a un montón de niños asustados. Uno de los botes bajó al agua, y se encaminó hacia nosotros sobre el mar con sus largos remos. Cuatro sombreros avanzaban con ritmo bamboleante. Ese fue mi primer encuentro con marineros malayos. Desde entonces he llegado a conocerlos, pero lo que me sorprendió en ese momento fue su displicencia. Se detuvieron junto a nosotros y ni siquiera el primer remero, de pie y agarrando nuestras cadenas con el bichero se dignó a levantar la vista para echar una ojeada. Yo pensaba que alguien que había estallado merecía más atención.

Un hombrecito seco como una astilla y ágil como un mono, trepó al barco. Era el primer oficial del vapor. Echó una mirada y exclamó: «Eh, muchachos, mejor que lo abandonen».

Nosotros no respondimos. Habló a solas con el capitán durante un rato, parecía discutir con él. Después se fueron juntos al vapor.

Cuando regresó nuestro capitán supimos que el vapor era el *Somerville*, capitán Nash, de Australia Oeste a Singapur vía Batavia con correspondencia, y que el arreglo era que nos remolcaría hasta Anjer o Batavia, si era posible, donde podríamos apagar el fuego mediante barrenos, y luego continuar nuestra travesía. ¡A Bangkok! El viejo parecía excitado. «Aún estamos a tiempo de lograrlo», dijo a Mahon, con fiereza. Sacudió el puño contra el cielo. Nadie más dijo una palabra.

Al atardecer el vapor comenzó a remolcar. Iba adelante alto y esbelto, y lo que quedaba del *Judea* lo seguía desde el otro extremo de las setenta brazas de cable de remolque, lo seguía suavemente como una nube de humo con puntas de mástiles brotando por encima. Fuimos arriba para aferrar las velas. Tosíamos en las vergas y teníamos mucho cuidado con los senos de las velas. ¿Nos ven a todos nosotros ahí, aferrando con toda prolijidad las velas de ese barco condenado a no llegar a ninguna parte? No había uno solo de los hombres que no pensara que los palos se derrumbarían en cualquier momento. Desde arriba no podíamos ver el barco por el humo, y trabajábamos con cuidado, pasando los tomadores con vueltas parejas. «Aferrada de puerto, ahí arribal», gritaba Mahon desde abajo.

¿Entienden esto? No creo que uno solo de esos hombres esperara descender de la forma corriente. Cuando lo hicimos, los escuché decirse unos a otros: «Bueno, yo pensé que caeríamos por la borda, en un montón, con palos y todo; que me castiguen si no lo pensé». «Eso mismo era lo que yo pensaba para mis adentros», respondía agotado otro espantapájaros maltrecho y vendado. Y les advierto, estos hombres carecían del hábito reiterado de la obediencia. Un observador de afuera habría visto en ellos un montón de rufianes profanos sin nada que los redimiera. ¿Qué fue lo que los hizo hacer lo que hicieron? ¿Qué fue lo que los hizo obedecerme cuando, pensando conscientemente que todo era maravilloso, yo los hacía abandonar el seno del trinquete dos veces para que trataran de hacer mejor su trabajo? ¿Qué? No tenían reputación profesional, ni ejemplo, ni alabanza. No era un sentido del deber; todos ellos sabían muy bien cómo eludir el trabajo y holgazanear y desaparecer cuando se lo proponían, y por lo general se lo proponían. ¿Fueron las dos libras con diez por mes lo que los envió? No consideraban que su paga fuese la mitad siquiera de lo que merecían. No; era algo que había en ellos, algo innato y sutil y eterno. No digo de manera explícita que la tripulación de un buque mercante francés o alemán no lo hubiera hecho, pero dudo que lo hubiera hecho de la misma manera. Había una totalidad en su trabajo, algo sólido como un principio, y dominante como un instinto —el develamiento de algo secreto— de ese algo oculto, ese don del bien o el mal que constituye la diferencia racial, que modela el destino de las naciones.

Fue esa noche, a las diez, cuando vimos el fuego por primera vez desde que lo comenzamos a combatir. La velocidad del remolque había aventado la destrucción latente. Un resplandor azul apareció por delante, brillando debajo de las ruinas de la cubierta. Osciló en manchones, parecía ondear y serpear como la luz de un gusano luminoso. Yo lo vi primero y se lo dije a Mahon. «Entonces terminó el juego. —dijo— Mejor que detengamos este remolque o estallará de golpe por la proa y la popa antes de que podamos abandonar el barco». Armamos un griterío, repicamos campanas para llamar su atención; seguían remolcando. Por último Mahon y yo tuvimos que arrastrarnos hacia adelante y cortar el cable con un hacha. No hubo tiempo de tirar las amarras. Se podían ver rojas lenguas de fuego lameteando el desierto de astillas bajo nuestros pies a medida que nos abríamos camino de vuelta a la popa.

Por supuesto que en el vapor no tardaron en descubrir que el cable ya no estaba. Dio un fuerte resoplido con el silbato, vimos cómo las luces iluminaban un amplio círculo, se acercó hasta ubicarse a nuestro lado, y se detuvo. Cada uno había rescatado un pequeño atado o una valija. De repente se elevó una llama cónica con la punta torcida echando un círculo de luz sobre el negro del mar con ambas naves lado a lado y meciéndose suavemente en el centro. El capitán Beard había estado sentado sobre el enjaretado, inmóvil y mudo, durante horas; pero ahora se levantó con lentitud y se adelantó a nosotros, en dirección a las jarcias de mesana. El capitán Nash dio un grito: «¡Vengan! Rápido. Tengo bolsas de correo a bordo. Los llevaré a ustedes y a sus botes a Singapur».

«Gracias, ¡No! —dijo nuestro capitán— Debemos quedarnos hasta el fin».

«No puedo quedarme junto a ustedes más tiempo —gritó el otro—. Correspondencia, ¿entienden?».

«Ajá, ajá. Estamos muy bien».

«¡Correcto! Informaré en Singapur ¡Adiós!»

Saludó con la mano. Nuestros hombres dejaron caer sus atados en silencio. El vapor avanzó, y al pasar fuera del círculo de luz, desapareció de inmediato de nuestra vista, encandilada por el fuego que quemaba con furia. Y entonces supe que vería oriente por primera vez como comandante de un pequeño bote. Pensé que estaba bien, y la fidelidad al viejo barco estaba bien. Debíamos quedarnos hasta el fin. ¡Oh, el encanto de la juventud! ¡Ah, su fuego, más encandilante que las llamas del barco incendiado, echando una luz mágica sobre la vastedad de la tierra, saltando con audacia hacia el cielo para, por fin, caer apagado por el tiempo, más cruel, más inmisericorde, más amargo que el mar, y como las llamas del barco incendiado, rodeado por una noche impenetrable.

\* \* \* \* \*

El viejo nos advirtió, con su modo amable e inflexible, que parte de nuestro deber era salvar la mayor parte posible de los aparejos del barco para el seguro. De manera que fuimos a trabajar en popa, mientras el barco ardía por delante para darnos luz suficiente. Hallamos una cantidad de basura. ¿Qué fue lo que no salvamos? Un viejo barómetro fijado con una absurda cantidad de tornillos casi me cuesta la vida; una repentina bocanada de humo sopló frente a mi cara y pude escapar justo a tiempo. Había distintas vituallas, piezas de lona, rollos de cabos; la popa se parecía a un bazar marino, y los botes quedaron atestados hasta la borda. Se habría podido pensar que el viejo quería llevarse la mayor cantidad de

cosas posibles de su primer comando. Estaba muy, muy silencioso pero evidentemente fuera de sus cabales. ¿Podrán creerlo? Quería llevarse una medida de calabrote y un anclote consigo en la chalupa. Le dijimos, «Bien, bien, señor», con todo respeto, y luego dejamos que las cosas resbalaran por la borda sin decir nada. La pesada caja de primeros auxilios siguió el mismo camino, así como dos bolsas de café verde, tarros de pintura. —¡Imaginen, pintura!— una cantidad de cosas. A mí se me ordenó ir a los botes con dos hombres para hacer una estiba y alistarlos para cuando llegara el momento adecuado para abandonar el barco.

Pusimos todo en orden, plantamos el mástil de la chalupa para nuestro capitán, que se haría cargo de ella y no despreciaba poder sentarse un rato. Yo sentía la cara seca, me dolían todos los miembros como si estuvieran rotos, era consciente de cada costilla y habría jurado que me había torcido la columna. Los botes, amarrados por la popa, yacían en una profunda sombra. Y todo alrededor se podía ver el círculo del mar encendido por el fuego. Una llama gigantesca se levantó recta y clara. Destelló con ira, con sonidos semejantes al zumbido de alas, con rugidos como los del trueno. Hubo explosiones, detonaciones, y desde el cono de llamas las brasas volaron hacia arriba, pues el hombre nace para tener problemas, para barcos que hacen agua, para barcos que se queman.

Lo que me perturbaba era que mientras el barco yacía de costado a una marejada y con el poco viento que había, una mera brisa, los botes se negaban a mantenerse por la popa donde estaban resguardados sino que insistían, con ese empecinamiento porcino que tienen los botes, en ubicarse bajo la bovedilla y luego se mecían junto al barco. No cesaban de golpearse peligrosamente y de acercarse a la llama, mientras el barco se hamacaba sobre ellos y, por supuesto, siempre persistía el peligro de que los palos cayeran sobre un costado en cualquier momento. Yo y mis dos boteros los manteníamos alejados lo mejor que podíamos, con remos y bicheros; pero el hecho de estar constantemente ocupados en eso llegó a resultarnos exasperante ya que no había ninguna razón para no irnos de inmediato. No podíamos ver a los que estaban a bordo, ni podíamos imaginar la causa del retraso. Los boteros insultaban en voz baja, y yo debía hacer mi parte del trabajo y además debía lograr que hicieran la suya dos hombres que manifestaban una tendencia constante a tirarse sobre el piso y dejar que las cosas se arreglaran solas.

Por fin exclamé: «¡Ea, los de cubierta!», y alguien se asomó. «Aquí estamos listos», dije. La cabeza desapareció, y poco después volvió a brotar. «El capitán dice muy bien, señor, y que mantengan los botes bien alejados del barco».

Pasó media hora. De repente hubo una tremenda baraúnda, bulla, choque de cadenas, silbido de agua, y millones de brasas volaron para entrar en la centelleante columna de humo apenas inclinada encima del barco. Se habían quemado las serviolas, y las dos anclas al rojo vivo se habían ido al fondo, arrancando detrás de sí doscientas brazas de cadena al rojo vivo. El barco tembló, la masa de llamas se bamboleó como si estuviera lista para el colapso, y el juanete de proa cayó. Se precipitó como una flecha de fuego, disparado hacia abajo, al instante brincó a un remo de distancia de los botes y flotó suavemente, muy negro sobre el mar luminoso. Volví a llamar a cubierta. Después de un rato, un hombre con un tono inesperadamente alegre pero a la vez embozado, como si hubiera estado intentando hablar con la boca cerrada, me informó: «Vamos de inmediato, señor», y desapareció. Durante un largo roto no escuché más que el zumbido y el rugido del fuego. También había sonidos sibilantes. Los botes saltaban, tiraban de las amarras, se corrían entre sí, juguetones, se golpeaban los costados, o, por más que nos empeñábamos, se mecían en un ramillete contra el barco. No pude soportar más la situación, y tras trepar por una soga, salté a bordo por la popa.

Había tanta claridad como si fuera de día. Aparecer así, para enfrentarme con la sábana de fuego fue una visión aterradora, y al principio el calor parecía escasamente soportable. Sobre el almohadón de un canapé arrastrado fuera de la cabina, el capitán Beard, las piernas encogidas y un brazo bajo la cabeza, dormía con la luz jugueteándole por encima. ¿Saben en que estaban ocupados los demás? Estaban sentados en la cubierta, en el extremo de la popa, alrededor de una valija abierta, comiendo pan y queso y bebiendo cerveza fuerte.

Sobre el fondo de llamas que se retorcían en lenguas furiosas por encima de sus cabezas parecían tan cómodos como salamandras y semejabán una banda de piratas desesperados. El fuego brillaba en el blanco de sus ojos, fulguraba sobre parches de piel blanca que aparecía entre las camisas rasgadas. Cada uno de ellos tenía las marcas propias de una batalla —cabezas vendadas, brazos colgados, un jirón de trapo sucio alrededor de una rodilla— y cada uno tenía una botella entre las piernas y un trozo de queso en la mano. Mahon se puso de pie. Con su cabeza atractiva y deshonesto, su perfil en gancho, su larga barba blanca, y una botella descorchada en la mano, se parecía a uno de esos despiadados piratas de antaño divirtiéndose en medio de la violencia y el desastre. «La última comida a bordo —explicó con solemnidad—. No comimos nada en todo el día y no tenía sentido dejar todo esto». Blandió la botella y señaló hacia el capitán dormido. «Dijo que no podía tragar nada de modo que logré que se acostara», prosiguió; y como yo lo miré incrédulo, agregó: «No sé si usted se da cuenta, jovencito, de que ese hombre no ha dormido decentemente en varios días y habrá muy poco maldito sueño en los botes». «No habrá ningún bote dentro de poco si ustedes siguen paveando mucho mas», dije, indignado. Caminé hacia donde estaba el capitán y lo sacudí por el hombro. Por fin abrió los ojos pero no se movió. «Es hora de irse, señor», dije en voz baja.

Se incorporó con dificultad, miró las llamas, el mar centelleando alrededor del barco, y negro, negro como la tinta a lo lejos; miró las estrellas que brillaban apenas a través de un tenue velo de humo en un cielo negro, negro como el Erebo.

«Los mas jóvenes primero», dijo.

Y el simple marinero, limpiándose la boca con la palma de la mano, se levantó, saltó el coronamiento, y desapareció. Otros lo siguieron. Uno, a punto de saltar, se detuvo en seco para vaciar la botella, y con un amplio movimiento del brazo la lanzó al fuego. «¡Toma esto!», exclamó.

El capitán daba vueltas desconsolado, y lo dejamos solo para que comulgara durante unos instantes con su primer comando. Luego volví a subir y por fin logré sacarlo. Era hora. El hierro de la popa estaba caliente al tacto.

Entonces se cortó la amarra de la chalupa y los tres botes, ligados entre sí, se deslizaron lejos del barco. Habían pasado sólo dieciseis horas desde la explosión cuando lo abandonamos. Mahon estaba a cargo del segundo bote y yo tenía el más pequeño —el de catorce pies—. En la chalupa habríamos entrado todos pero el capitán dijo que debíamos

salvar la mayor cantidad posible de objetos para el seguro, y así yo tuve mi primer comando. Tenía dos hombres conmigo, una bolsa de galletas, unas pocas latas de carne y una bota de agua. Se me ordenó que me mantuviera cerca de la chalupa a fin de que, en caso de mal tiempo, pudiéramos pasarnos a ella.

¿Y saben qué pensé? Pensé que me separaría apenas pudiera. Quería tener mi primer comando para mí solo. No iba a navegar en una escuadra si existía alguna oportunidad de una travesía independiente. Llegaría a tierra por mis propios medios. Aventajaría a los otros botes. ¡Juventud! La tonta fascinante, hermosa juventud.

Pero no partimos de inmediato. Debíamos permanecer junto al barco hasta el fin. Y así, esa noche, los botes se mecieron en las cercanías, subiendo y bajando con el oleaje. Los hombres dormitaban, despertaban, suspiraban, gemían. Yo contemplaba el barco en llamas.

Entre la oscuridad de cielo y tierra quemaba con furia sobre un círculo de mar púrpura tornasolado por el juego rojo sangre de los rayos sobre un círculo de agua fulgurante y siniestro. Una llama alta, clara, una llama inmensa y solitaria, ascendía desde el océano, y desde su cumbre el humo negro chorreaba continuamente hacia el cielo. El barco quemaba con rabia, luctuoso e imponente como una pira funeraria encendida durante la noche, cercada por el mar, observada por las estrellas. Una muerte magnífica había llegado como una gracia, como un don, como una recompensa para ese viejo barco al término de sus días laboriosos. La entrega de su fantasma exhausto al cuidado de estrellas y el mar era tan conmovedor como una victoria gloriosa. Los mástiles cayeron justo antes del amanecer, y durante un momento hubo una explosión y un torbellino de brasas que parecieron llenar con fuego aéreo la noche paciente y vigilante, la vasta noche que yacía silenciosa sobre el mar. Al llegar la luz del día no era más que una cáscara chamuscada, que flotaba con calma bajo una nube de humo y preñada de una masa fulgurante de carbón.

Entonces se sacaron los remos, y los botes formados en línea giraron alrededor de sus restos como en procesión; la chalupa en primer lugar. Al cruzar la popa un agudo dardo de fuego se disparó hacia nosotros con rencor, y de repente el barco se hundió de proa, en medio de un gran zumbido de vapor. La popa sin quemar fue lo último en hundirse; pero la pintura había desaparecido, se había cuarteado, descascarado, y no había letras, no había palabras, ningún lema empecinado que era como su alma, para ofrecer al sol naciente su credo y su nombre.

Nos dirigimos hacia el norte. Se levantó una brisa, y alrededor del mediodía todos los botes se reunieron por última vez. Yo no tenía mástil ni vela en el mío, pero fabriqué un mástil con un remo que sobraba e icé el toldo de un bote como vela, con un bichero como verga. Sin duda alguna le sobraba mástil, pero yo sentía la satisfacción de saber que con viento en popa podía vencer a los otros dos. Tuve que esperarlos. Luego todos examinamos las cartas del capitán y, después de una comida muy sociable de pan duro y agua, recibimos las últimas instrucciones. Eran sencillas: navegar hacia el norte, y mantenernos lo más juntos posible. «Tenga cuidado con ese aparejo de pacotilla, Marlow», dijo el capitán; y mientras yo pasaba orgulloso junto a su bote, Mahon arrugó su nariz ganchuda y gritó: «Va a conducir ese barco por debajo del agua si no mira por dónde va, jovencito». Era un viejo malicioso. ¡Y que el mar profundo donde duerme ahora lo acune suavemente, que lo acune tiernamente hasta el fin de los tiempos!

Antes de la caída del sol un chaparrón espeso pasó por encima de los dos botes, que estaban muy lejos por la popa, y dejé de verlos por algún tiempo. Al día siguiente timoneaba mi cáscara de nuez —mi primer comando— rodeado únicamente por agua y cielo. Por la tarde divisé las puntas de las velas de un barco a lo lejos, es cierto, pero no dije nada y mis hombres no lo notaron. Es que, ¿saben?, tenía miedo de que navegara en dirección a nuestra tierra y no tenía ninguna intención de regresar cuando estaba ante las puertas del este. Timoneaba en dirección a Java, otro nombre sagrado, como Bangkok, ustedes entienden. Timoneé durante varios días.

No necesito decirles lo que significa ir dando vueltas en un bote abierto. Recuerdo noches y días de calma, cuando bogabamos, bogábamos, y el bote parecía permanecer inmóvil, como encantado dentro del círculo del horizonte del mar. Recuerdo el calor, el diluvio de chaparrones que nos mantenía achicando constantemente para no morir ahogados (pero nos llevaba el tonel del agua), y recuerdo dieciseis horas seguidas con la boca seca como una brasa y un remo sobre el timón para mantener mi primer comando proa a un mar devastador. Hasta entonces no sabía hasta qué punto era un hombre. Recuerdo las caras ojerosas, el aspecto extenuado de mis dos hombres, y recuerdo mi juventud y ese sentimiento que jamás volverá, la sensación de que yo podía durar para siempre, superar al mar, a la tierra, y a todos los hombres. El sentimiento engañoso que nos induce a vivir goces, peligros, el amor, el esfuerzo vano, la muerte; la triunfante seguridad de la fuerza, el calor de la vida en el puñado de polvo, el brillo del corazón que cada año que pasa se apaga, se enfría, se empequeñece, y expira —y expira, demasiado pronto, demasiado pronto— antes que la vida misma.

Y es así como veo a oriente. He visto sus lugares secretos y he contemplado su alma misma; pero ahora siempre lo veo desde un bote pequeño, un alto perfil de montañas, azul y distante por la mañana, como una débil niebla por la tarde, una pared dentada de color púrpura a la caída del sol. Tengo la sensación del remo en la mano, la visión de un mar azul calcinante en los ojos. Y veo una bahía, una amplia bahía, suave como vidrio y lustrosa como hielo, rielando en la oscuridad. Una luz roja brilla a lo lejos sobre las tinieblas de la tierra, y la noche es suave y cálida. Arrastramos los remos con brazos doloridos, y de repente un soplo de viento, un soplo débil y tibio y cargado con extraños olores de capullos, de madera aromática, brota de la noche silenciosa: el primer suspiro del este sobre mi rostro. Eso no lo puedo olvidar jamás. Era impalpable y esclavizante, como un encantamiento, como el murmullo de una promesa de algún placer misterioso.

Habíamos estado remando este último trecho durante once horas. Dos remaban, y aquel a quien le tocaba descansar se sentaba junto a la caña del timón. Habíamos divisado esa luz roja en la bahía y nos dirigíamos hacia allí, suponiendo que señalaría algún puerto costero. Pasamos dos naves extrañas y de alto bordo, que dormían ancladas, y al acercarnos a la luz, ahora muy tenue, chocamos con la nariz del bote contra un muelle saliente. Estábamos enceguecidos por el cansancio. Mis hombres arrojaron los remos y cayeron de la bancada como muertos. Amarré a un pilote. Una corriente ondeaba suavemente. La oscuridad perfumada de la costa se agrupaba en grandes volúmenes, quizás se

trataba de una densidad de grupos de vegetación colosales; formas mudas y fantásticas. Y a sus pies el semicírculo de un banco resplandecía apenas, como una ilusión. No había una luz, ni un movimiento, ni un sonido. El este misterioso me enfrentaba, perfumado como una flor, silencioso como la muerte, oscuro como una tumba.

Y permanecí sentado, cansado hasta lo indescriptible, triunfante como un conquistador, desvelado y en éxtasis, como si me hallara ante un enigma profundo, ominoso.

El golpe de unos remos, una zambullida rítmica que reverberaba sobre el nivel del agua, aumentada por el silencio de la costa hasta convertirse en fuertes aplausos, me hizo saltar. Entraba un bote, un bote europeo. Invoqué el nombre de los muertos; exclamé «¡Judea ahoy!» Respondió un grito agudo.

Era el capitán. Yo le había ganado a la nave capitana por tres horas y me alegré al volver a escuchar la voz del viejo, trémula y cansada. «¿Es usted, Marlow?» «Cuidado con la punta de ese muelle, señor», exclamé.

Se acercó con cuidado, y se detuvo con la sondaleza de altamar que había rescatado para el seguro. Yo aflojé mi amarra y abarloé. Estaba sentado, una figura destrozada en la popa, empapado de rocío, las manos cruzadas sobre la falda. Sus hombres ya se habían dormido. «Fue algo terrible», murmuró. «Mahon está atrás, no muy lejos». Conversamos en susurros, en susurros bajos, como temerosos de despertar a la tierra. Rifles, rayos, terremotos no habrían despertado a los hombres en ese momento.

Mirando alrededor mientras hablábamos, vi mar afuera una luz brillante que viajaba durante la noche. «Ahí va un vapor que pasa la bahía», dije. No pasaba, entraba, e inclusive se acercó y ancló. «Me gustaría —dijo el viejo— que usted averiguara si es una nave inglesa. Quizá podría llevamos a alguna parte». Parecía nerviosamente ansioso. De manera que por obra de puñetazos y puntapiés desperté a uno de mis hombres en estado de sonambulismo y, después de darle un remo, tomé otro yo y bogamos hacia las luces del vapor.

Había un murmullo de voces arriba, ecos metálicos y huecos en la sala de máquinas, pasos sobre la cubierta. Las lumbreras brillaban, redondas como ojos dilatados. Había sombras que se movían y un hombre estaba parado bien arriba del puente, en medio de las tinieblas. Escuchó mis remos.

Y entonces, antes de que pudiera separar los labios, él me habló, pero fue en una voz occidental. Un torrente de palabras se derramó sobre el silencio enigmático, ominoso; palabras extrañas, enojadas, mezcladas con palabras y hasta oraciones completas en buen inglés, menos raras pero aún más sorprendentes. La voz insultaba y maldecía con violencia; acribilló la paz solemne de la bahía con una salva de injurias. Comenzó por llamarme cerdo, y a partir de allí siguió in crescendo hasta adjetivos irrepetibles en inglés. El hombre de arriba denostaba en voz alta en dos idiomas y con una sinceridad en su indignación que casi me convenció de que, de alguna manera, yo había pecado contra la armonía del universo. Apenas si podía verlo pero comencé a pensar que llegaría a sufrir un ataque.

De repente cesó, y lo escuché resoplar y bufar como una marsopa.

Dije: «¿Qué vapor es este, por favor?»

«¿Eh? ¿Qué es esto? ¿Y quién es usted?»

«Náufragos de una barca inglesa incendiada en el mar. Llegamos aquí esta noche. Yo soy segundo oficial. El capitán está en la chalupa y quisiera saber si usted nos podría llevar a algún lado».

«¡Oh, por Dios! Digo yo... Este barco es el *Celestial*, de Singapur, en su viaje de regreso. Arreglaré con su capitán por la mañana... y... digo yo... ¿me escuchó usted hace un rato?»

«Yo diría que toda la bahía lo escuchó».

«Pensé que era un guardacostas. Mire, este vigía endemoniado y haragán se volvió a quedar dormido, maldito sea. La luz está apagada y casi me aconcho contra la punta de este maldito muelle. Es la tercer vez que me hace esta broma. Ahora, yo le pregunto a usted, ¿acaso hay alguien que pueda tolerar esta clase de cosas? Es suficiente para volverlo loco a uno. Lo denunciaré... Haré que el secretario del ministro residente lo ponga de patitas en la calle, ¡por...! ¿Ve? no hay luz. Está apagada, ¿no es así? Tomo a usted como testigo de que la luz está apagada. Debería haber una luz, usted lo sabe. Una luz roja sobre...»

«Había una luz», dije tímidamente.

«Pero esta apagada, hombre. ¿De qué sirve hablar así? Usted puede ver con sus propios ojos que está apagada; ¿no es así? Si usted tuviera que timonear un vapor valioso por esta costa desamparada también querría tener una luz. Lo patearé de una punta a la otra de este muelle. Ya verá usted si no lo hago. Lo...»

«De manera que puedo decir a mi capitán que usted nos llevará?», interrumpí.

«Sí, los llevaré. Buenas noches», dijo con brusquedad.

Retrocedí, amarré una vez más junto al muelle, y luego me fui a dormir, por fin. Había enfrentado el silencio del este. Había escuchado algo de su lenguaje. Pero cuando volví a abrir los ojos el silencio era total como si nunca hubiera sido interrumpido. Yacía en una plétora de luz, y el cielo jamás me había parecido tan lejano, tan alto. Abrí los ojos y quedé acostado sin moverme.

Y entonces vi a los hombres del este; me estaban mirando. El muelle estaba lleno de gente en toda su extensión. Vi rostros marrones, color bronce, amarillos, los ojos negros, el brillo, el color de una multitud oriental. Y todos estos seres miraban fijo sin un murmullo, sin un suspiro, sin un movimiento. Miraban fijo a los botes, a los hombres dormidos que habían llegado a ellos por la noche desde el mar. Nada se movía. Las frondas de las palmeras se recortaban inmóviles contra el cielo. Ni una rama temblaba a lo largo de la costa, y los techos marrones de casas ocultas espían a través del follaje verde, a través de grandes hojas que colgaban brillantes y quietas como hojas forjadas en un metal pesado. Este era el este de los navegantes de antaño, tan viejo, tan misterioso, resplandeciente y sombrío, vivo e inmutable, lleno de peligro y promesas. Y estos eran los hombres. Me senté de golpe. Un impulso de movimiento pasó a través de la multitud de un extremo al otro, se deslizó a lo largo del muelle como un rizo sobre el agua, como una brisa de aire sobre el campo, y todo volvió a quedar en calma. Lo veo ahora: la vasta extensión de la bahía, las arenas resplandecientes, la riqueza de verde infinito y variado, el mar azul como el mar de un sueño, la multitud de caras atentas, la llamarada

de color vívido, el agua que lo reflejaba todo, la curva de la costa, el muelle, la embarcación extraña, de alto bordo, flotando quedamente, y los tres botes con hombres del oeste dormidos, ignorantes de la tierra y la gente y la violencia del sol. Dormían tirados encima de las bancadas, enroscados sobre tracas, en las actitudes despreocupadas de la muerte. La cabeza del viejo capitán, reclinado sobre la popa de la chalupa, se le había caído sobre el pecho y parecía que no despertaría más. Más afuera, el rostro del viejo Mahon estaba mirando al cielo, con la larga barba blanca desparramada sobre el pecho, como si le hubieran pegado un tiro mientras estaba sentado a la caña del timón, y un hombre, hecho un bulto en la proa del bote, dormía abrazando el cárcamo con ambas manos y con la mejilla apoyada sobre la regala. El este los miraba sin un sonido.

Desde entonces he conocido su fascinación; he visto las costas misteriosas, el agua calma, las tierras de naciones marrones, donde una Némesis cautelosa esta al acecho, persigue, atrapa a tantos de la raza de los conquistadores, que se enorgullecen de su sabiduría, de su conocimiento, de su fuerza. Pero para mí todo el este está contenido en esa visión de mi juventud. Está todo en ese momento en que abrí mis ojos jóvenes sobre él. Llegué a él después de una lucha con el mar, y era joven y lo vi mirándome. ¡Y eso es todo lo que queda de aquello! Sólo un momento; un momento de fuerza, de romanticismo, de encanto, ide juventud! Un chasquido de sol sobre una costa extraña, el tiempo para recordar, el tiempo para un suspiro, y... ¡Adiós...! Noche... ¡Adiós...!

Bebió.

¡Ah! Aquellos buenos tiempos, aquellos buenos tiempos. La juventud y el mar. ¡La fascinación y el mar! El mar bueno, poderoso, el mar salado, amargo, que podía susurrar y rugir y sacarle a uno el aliento a los golpes.

Bebió una vez más.

Por todo lo que es maravilloso, es el mar, creo, el mar mismo ¿o acaso es sólo la juventud? ¿Quién sabe? Pero todos ustedes, todos sacaron algo de la vida: dinero, amor, lo que se obtiene en la costa, sea lo que fuere y díganme, ¿acaso la mejor época no fueron aquellos tiempos cuando éramos jóvenes en el mar?; éramos jóvenes y no teníamos nada, en el mar que no da nada, excepto golpes fuertes, y a veces una oportunidad de probar la propia fuerza, ¿no es acaso eso lo único que extrañan?

Y todos asentimos; el hombre de negocios, el hombre las finanzas, el hombre de las leyes, todos asentimos sobre la mesa lustrada que, como una lámina quieta de agua marrón, reflejaba nuestros rostros, surcados, arrugados; nuestros rostros marcados por el trabajo, las decepciones, el éxito, el amor; nuestros ojos cansados que aún miraban, miraban siempre, miraban ansiosamente en busca de algo en la vida que mientras se lo espera ya se ha ido, ha pasado sin ser visto, en un suspiro, en un pantallazo, junto con la juventud, con el poder, con el romanticismo de las ilusiones.